

PALABRAS DEL ARQUITECTO

RAFAEL URIBE RIVERA

Me han hecho un gran honor al permitirme dirigir estas palabras en el homenaje que la Facultad hace a una persona que para todos tiene un hondo significado: Carlos Arbeláez Camacho.

Carlos, supongo, tiene un significado diferente para cada uno de nosotros. En mi caso personal, marcó mi vida, tal como la marca un "maestro" a un discípulo.

Desde esa condición me voy a dirigir a ustedes. Arbeláez fue esencialmente un arquitecto que dedicó su vida, a la arquitectura, la cual entendía como el hilo vital de su existencia.

Impregnado de un profundo humanismo, irradiaba, sin distinguirlo, su amor por la arquitectura a todos los que le rodeaban: a su familia, a sus amigos y a sus discípulos.

Era un ser integral en todo el sentido de la palabra. Enamorado de la vida, la asociaba íntimamente con la arquitectura y en especial con la de ciertas épocas que concebía con verdadero gusto. El barroco fue una de ellas e hizo de esta particular manera de hacer arquitectura una forma de ser. Él era un ser barroco. Sentía y vibraba en los espacios que por su propia indeterminación, hacen entrever la infinitud del universo y al mismo tiempo la pequeñez grandilocuente del ser humano. Amaba el barroco porque en él veía a la arquitectura, como la "reina de las artes", donde en el espacio arquitectónico se integraba la totalidad del pensamiento humano. Amando la arquitectura, estudió con pasión su historia con la cual normalmente se lo asocia en especial con el campo de la restauración; ejemplo palpable es este homenaje que se le ofrece, en particular la Maestría en Restauración de Monumentos Arquitectónicos

y el Instituto de Investigaciones Estéticas que él fundó y dirigió hasta su prematura muerte, a la edad de 52 años. Pero en el trasegar de su prolífica vida incursionó en muchos de los campos que tienen que ver con la arquitectura: trasegó en la política, fue funcionario público —verdaderamente al servicio de lo público— empresario en el mejor sentido de la palabra, profesor y maestro universitario, académico de la historia, miembro de varias asociaciones nacionales e internacionales, cofundador de la red de Institutos de Investigaciones Estéticas en América Latina, escritor y periodista, fundador del grupo de teatro "La Farándula" —grupo pionero de muchos eventos culturales en nuestro medio—, "inventor" del estudio de la historia de la arquitectura en Colombia y como tal, aunque suene paradójico, visionario del futuro. Todo esto fue posible gracias a su talante humano.

Aquellos que tuvimos la fortuna de vivir cerca de él en el mejor periodo de su vida, tal vez lo recordamos como el ser humano elegante y fino que le daba un toque de distinción a todo lo que le rodeaba.

Mencionemos, por poner algunos ejemplos, aquellas deliciosas clases donde se paseaba por la historia con gran propiedad y transportaba a sus alumnos a los mejores espacios de la arquitectura de todos los tiempos. Algunas veces aderezaba sus charlas con raciones de pequeñas galletitas inglesas y sendas copas de vino francés. Evoquemos también las tertulias acerca de sus descubrimientos de Capillas Posas o alrededor de las pinturas de la Casa del Fundador en Tunja. Se daban siempre rodeadas de escenas dignas de muchas de las obras de teatro en las cuales participó: nos reuníamos al lado de crujientes chimeneas, como por ejemplo, las del hotel Hacienda Suescún en Sogamoso, siempre

en compañía de su esposa Leonor quien hace poco partió para unirse a él en la eternidad y de su hija Pilar, quien hoy goza con nosotros esta efeméride.

Recuerdo con nostalgia los almuerzos en el Club Javeriano, donde simplemente me hablaba de la vida y yo lo oía, entre incrédulo y crítico. Hoy, cuando tengo un poco más de la edad que él tenía cuando se fue, me siguen retumbando en el cerebro sus palabras, cargadas de sabiduría. Producto de esos intensos momentos, puedo afirmar con certeza que no hay día en esta Facultad que no se hable de él y de sus enseñanzas.

A veces pienso que a través de su imagen, que se encuentra entronizada por derecho propio en la Sala del Consejo de la Facultad, nos "ve" desde alguna parte, con esa pose característica con la cual nos enseñó a amar la arquitectura a través de la historia y nos recuerda todos los días que lo más sagrado que puede tener un país junto con su gente es el patrimonio que ha logrado sobrevivir a los avatares de los tiempos y que da significado a la existencia humana.

Eso solamente lo comprende quien tiene la capacidad de sentir y dar significado a las cosas. Eso no se da, simplemente, porque alguien lo determina así en una norma. El patrimonio debe ser, así lo creía él, todo lo que la gente asocia con su pasado, importante o no, pero que simboliza los ideales por los cuales nuestros ancestros vivieron. Patrimonio, que viene de la

voz latina *Patrimonium*, significa lo que uno ha heredado de los padres y que a su vez tiene una relación cercana con el concepto de patria, que no es otra cosa que el lugar donde están enterrados los padres y en el cual se ha nacido y se está unido a él por vínculos principalmente afectivos.

Este homenaje, para que sea realmente un acto con significado y no se quede en las palabras, debería llevarnos a repensar lo que en esencia nos dejó Carlos Arbeláez: su amor por la arquitectura de todos los tiempos. Su concepción sobre *un patrimonio vivo, vigente y vital* que evite que sucedan actos de barbarie como el sacrificio insensato del último testigo del bosque que dio origen al diseño del edificio que hoy lleva su nombre y que fue compañero de muchas generaciones de arquitectos javerianos: aquel tronco cubierto de hiedras, ubicado en el paso obligado de alumnos y profesores, cercano a la piedra que los primeros alumnos de la Facultad donaron a la misma, como tributo de gratitud al cumplir 25 años de egresados.

El patrimonio lo constituyen esas cosas que tienen significado para quienes las han vivido y es lo primero que los "invasores" destruyen, porque es la mejor manera de eliminar lo que da sentido a los lugares y a las personas. Al sembrar nuevos símbolos tratan de influir en las nuevas generaciones para que olviden su pasado y eso está pasando en el país. Nos pasó aquí y nos seguirá pasando si no retomamos el sentido que Arbeláez le dio al concepto de patrimonio.